

Cuenta atrás en Iraq

William R. Polk, director de la Fundación W.P. Carey (LA VANGUARDIA, 23/09/04).

Recientemente el habitualmente circunspecto secretario general de las Naciones Unidas Kofi Annan declaró a la BBC que la invasión anglo-norteamericana de Iraq era ilegal. No fue la primera vez que manifestaba sin reservas su manera de pensar; en marzo de 2003, justo antes de que las fuerzas de la coalición cruzaran la frontera y se adentraran en territorio iraquí, ya había advertido que esta acción infringiría la carta de las Naciones Unidas. Sin embargo, su última declaración se produjo en plena semana de crecientes combates en Iraq y pruebas fehacientes de que habían fracasado las tácticas militares de inspiración israelí puestas en práctica por las fuerzas armadas estadounidenses.

No es extraño, en el frenesí de la información diaria, tender a pasar por alto el rumbo de los acontecimientos tal como los conocemos y que derivaron en la sangrienta guerra que actualmente presenciamos. Pero, dado que tales acontecimientos tenderán a limitar el margen de seguridad y prosperidad de europeos, norteamericanos y asiáticos, deberían merecer un mayor esfuerzo de comprensión.

Desde la invasión, las justificaciones norteamericana y británica de su acción militar se han abandonado o se han visto desacreditadas: la mera idea de que un país alejado y pobre pudiera representar una seria amenaza para Gran Bretaña o Estados Unidos no fue en ningún momento plausible; a fin de otorgarle cierta credibilidad, se reforzó con la pretensión de que Iraq almacenaba enormes cantidades de armas de destrucción masiva. No se halló ninguna de ellas pese a las inspecciones a cargo de equipos internacionales, británicos y norteamericanos. Ahora, después de quince meses de inspección a fondo, un equipo oficial nombrado por la administración Bush ha atestado que Iraq no poseía armas de destrucción masiva y no intentaba comprarlas ni fabricarlas.

Ha podido constatarse que las afirmaciones de que Iraq intentaba comprar material radiactivo en África; adquirir maquinaria para fabricar armas (tubos de centrifugación); prepararse para emplear toneladas de sustancias químicas letales y armas biológicas, y fomentar el terrorismo internacional a través de contactos con los fundamentalistas islámicos de Ossama Bin Laden eran pura imaginación o intencionadamente engañosas. La idea de que Gran Bretaña y Estados Unidos invadieron Iraq para instaurar una democracia tampoco fue creíble pues ambos gobiernos mantuvieron estrechas relaciones con dictaduras tan brutales como la de Saddam Hussein. Y el hombre al que han promovido al cargo de primer ministro de Iraq, Iyad Alawi, es todo menos un demócrata. Tras unos comienzos de carrera en las filas de la represiva policía secreta de Saddam en calidad de "agente (...) involucrado en asuntos sucios y con las manos manchadas de sangre" (según un bien informado ex agente veterano de la CIA), rompió con el régimen baasista a finales de los años setenta. Posteriormente dirigió un equipo financiado por la CIA, el llamado "Accord" (en árabe, al Wifaq) en una serie de operaciones terroristas contra Saddam en curso de las cuales presuntamente estalló por los aires un autocar escolar repleto de escolares. Tras ser elegido (aparentemente por el representante de las Naciones Unidas, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores argelino Lajtar Brahimi, pero en realidad por las autoridades de ocupación) para gobernar Iraq, hizo gala de inmediato de su carácter violento y autoritario, promulgó leyes que le otorgaban facultades para imponer toques de queda, limitar desplazamientos, prohibir grupos considerados sediciosos, ordenar la detención de personas sospechosas de atentar contra la seguridad y controlar la prensa.

Las nuevas órdenes y decretos reforzaron su posición para desautorizar a un gobierno civil y nombrar "comandantes" para administrar las áreas conflictivas (es decir, en realidad, todo Iraq). Tras

proclamar que “no permitiremos que haya gente que se oculte tras el eslogan de la libertad de prensa y los medios de comunicación”, mandó a sus agentes de seguridad que irrumpieran en la delegación en Bagdad de su crítico más acerado –la cadena Al Jezira– y la clausuraran. Cuando los corresponsales occidentales intentaron informar fueron amenazados de detención. Un periodista australiano señaló que en una ocasión Alauí había ejecutado personalmente a prisioneros esposados y con los ojos vendados, al parecer para “demostrar su grado de auténtica determinación y decisión personal” de tal forma que, dado su historial, el relato de los hechos gozó de amplio crédito en Iraq.

Alauí ha creado un nuevo Consejo Supremo del Petróleo y el Gas que aprobará los contratos con empresas extranjeras para la explotación del petróleo. En una palabra, su centralización del poder se despliega a una escala parangonable con la del régimen de Saddam. El Gobierno de Alauí está apuntalado por tropas estadounidenses y británicas y por más de 20.000 mercenarios; sin embargo, sólo muestra eficacia en el recinto de la fuertemente fortificada zona verde en el centro de Bagdad. En otra parte su autoridad sólo existe en la medida en que los tanques y helicópteros abren paso a la infantería estadounidense y británica.

Como suele suceder en la mayoría de guerras de guerrillas, es difícil identificar con exactitud a quienes resisten a su gobierno y a las fuerzas anglo-norteamericanas. Lo que sabemos es que el segundo procónsul norteamericano, L. Paul Bremer III, licenció los restos del ejército de Saddam Hussein y los envió a casa hambrientos, furiosos y sin un céntimo... pero permitiendo que conservaran sus armas. Algunos derivaron a la delincuencia. Otros se adhirieron a diversos líderes y paulatinamente se convirtieron en fuerzas guerrilleras. Mientras aumentaba la cólera contra los ataques aéreos y las incursiones de castigo estadounidenses, las miserables condiciones de vida y el temor de que Estados Unidos colonizara efectivamente Iraq hizo que los nacionalistas iraquíes encabezaran la rebelión.

Los insurgentes, incapaces de enfrentarse a tanques y helicópteros, emplean el armamento y las tácticas clásicas de la guerrilla, con creciente brutalidad y eficacia. La última semana, en choques con las fuerzas anglo-norteamericanas, hirieron a más de 200 soldados estadounidenses, mataron a 13 soldados norteamericanos y 3 polacos y secuestraron una docena de rehenes. Aunque los iraquíes sufrieron muchas más bajas, con casi un millar de muertos y heridos y grandes daños materiales, todo hace creer que los combates continuarán.

Las guerras de guerrillas se libran por motivos políticos. A medida que pasaron los meses, la política norteamericana acarreó el cese de negocio de los fabricantes locales al autorizar la importación de artículos baratos, clausuró fábricas y en consecuencia envió al paro a siete de cada diez trabajadores, apoderándose del único recurso potencialmente importante de riqueza, el petróleo; prácticamente la totalidad de la población de lengua árabe empezó a apoyar la rebelión. Los últimos sondeos, efectuados por las autoridades de ocupación, han indicado que alrededor del 98% de los iraquíes de lengua árabe se oponía a la ocupación.

Los sondeos han indicado asimismo que la mayoría de los iraquíes no abriga simpatías ni confía en Iyad Alauí. Indudablemente, le asesinarían si pudieran, por lo que raramente se aventura fuera de la zona verde bajo protección norteamericana. Y atacan a los iraquíes que pueden alcanzar, iraquíes que trabajan con o para los norteamericanos, sean oficiales, policías, soldados o reclutas.

El odio hunde actualmente sus raíces profundas en Iraq. Las imágenes que difunden los medios de comunicación muestran parte del motivo, escenas terribles de explosiones que hacen saltar edificios enteros por los aires. No obstante, no pueden dar testimonio de la dimensión humana: niños, esposas, padres, amigos y vecinos muertos o mutilados. En respuesta, atentados suicidas, emboscadas y toma de rehenes son moneda corriente. Aunque no todos los iraquíes son guerrilleros,

las guerrillas no podrían actuar sin un amplio respaldo popular.

Una proporción abrumadora de iraquíes se halla convencida actualmente de que debe ganar su guerra so pena de padecer la ocupación anglo-norteamericana durante los próximos decenios o generaciones. De su creciente desesperación pueden dar idea las estadísticas que se acercan paulatinamente a la escala de la guerra de Vietnam. Con más de 1.000 norteamericanos muertos y más de 10.000 heridos a la vista, creen que pueden vencer. Vislumbran, como se dijo a propósito de la guerra de Vietnam, "luz al final del túnel".

Observadores bien informados estiman que los norteamericanos serían muy necios y estúpidos si creyeran vez luz al final de su túnel. Pero algunos aún se empeñan en creerlo. El sábado pasado, la intensidad de los ataques aéreos contra Falluja –que persistían desde hacía dos semanas– aumentó, y el mando militar norteamericano, con la aprobación de la administración Bush, reveló que proyecta una importante ofensiva prácticamente contra todas las ciudades del país antes de que finalice este año. Sin embargo, como ha comentado el responsable de la Primera División de Infantería estadounidense, el general de división John Batiste, "esta guerra no puede ganarse de forma militar".